JUAN CARLOS ONETTI

Francisco Umbral.

Nació en Montevideo en 1909. Su obra comprende exclusivamente novelas y relatos cortos. Publica "El Pozo", su primer libro, en 1939. "Tierra de nadie" en el 41. "Para esta noche" en el 43. "La vida breve" en el 50. "Un sueño realizado y otros cuentos" en el 51. "Los adioses" en el 54. "Para una tumba sin nombre" en el 59. "La cara de la desgracia" en el 60. "El astillero" en el 61. "El infierno tan temido" en el 62, "Tan triste como ella" en el 63 y "Juntacadáveres" en 1965.

En 1942 se trasladaba Juan Carlos Onetti a Buenos Aires, donde residió hasta el 54. Allí trabajó como periodista en la agencia Reuter y en las revistas "Vea y Lea" e "Impetu". En Buenos Aires publica parte de sus libros. Hace ya años que vive y trabaja nuevamente en Montevideo, donde atiende la dependencia municipal de Artes y Letras. A medida que su prestigio se ha ido extendiendo por América, Onetti ha viajado por distintos países de aquel continente. En Venezuela fue finalista del premio "Rómulo Gallegos", con "Juntacadáveres". El premio fue otorgado a "La casa verde", de Mario Vargas Llosa. "La casa verde" es la peor novela de Vargas Llosa, en tanto que "Juntacadáveres" parece la más lograda de Onetti. Así, hay que dudar una vez más de la capacidad de acierto de los jurados literarios. En todo caso, eran dos grandes escritores de América los que estaban en juego. Los críticos del mundo están ya de acuerdo en la calidad y la importancia de Onetti.

Angel Rama ha escrito sobre "El Pozo": "Este arisco, crítico, desolado texto, abre la narrativa contemporánea". Juan Carlos Onetti, por su parte, reduce toda su poética a diez palabras: "Yo quiero expresar nada más que la aventura del hombre". A propósito de esto hay un ensayo titulado "Juan Car-

BOLETÍN AEPE Nº 5. Francisco UMBRAL. Juan Carlos Onetti
Centro Virtual Cervantes

los Onetti y la aventura del hombre", publicado en la revista "Siempre", de Méjico en 1968, y del que es autor Mario Benedetti. El propio Benedetti dice en su prólogo a "El astillero": "Hay, evidentemente, como ya lo han señalado otros lectores críticos, una formación onírica de la existencia, pero quizá fuera más adecuado decir **insomne** en lugar de **onírico**".

Se refiere aquí Benedetti, en todo caso, al carácter alucinado de toda la obra de Onetti. Tanto Benedetti como otros críticos son unánimes en señalar a Faulkner como maestro de Onetti. Más adelante veremos esto por cuenta propia. Adelantamos ahora nuestro acuerdo, que, sea como fuere, nos veremos obligados a matizar. Hay un libro que parte en dos la obra de Onetti. Es "La vida breve", donde la pretensión intelectual y complicante del autor llega a su límite. A partir de ahí, Onetti va simplificando, poniendo más vida en la novela, construyendo más sólidamente, y entra en su verdadera maestría. El actual "boom" de la joven literatura hispanoamericana ha servido, entre otras cosas, para repescar viejos valores que aquí teníamos un tanto a trasmano, y entre esos valores aparece Juan Carlos Onetti. Lo que diferencia a Onetti de toda la literatura de Latinoamérica es el tono, el spleen, el sosiego, una suerte de desesperación cortés que no grita.

Hoy, cuando se nos impone tratar en bloque la gran literatura de América, la nueva y la vieja, cuando la lección se aprieta de nombres, nuestro primer deber de estrategas es hacer diferencias, aislar profundamente unos nombres, quizá uno solo, el que tenemos que tratar ahora, para librarnos de la còn fusión y la viscosidad. Así, el denominador común de todo lo que se ha escrito en América puede ser la abundancia y la pujanza. Sí, dicho de este modo, sin miedo a la cacofonía. Mejor, con énfasis en la cacofonía, que viene a subrayar el sentido y el ayuntamiento de ambas palabras. La pujanza y la abundancia. Sostengo que si la América del Sur está dando hoy una gran novela, es, en primer término, porque la América del Sur es uno de los últimos continentes novelescos que quedan en el mundo. ¿Donde pasan hoy más cosas épicas que en Suramérica? .

La pujanza y la abundancia de la actual literatura hispanoamericana las da la vida misma, un área del globo llena de guerrilleros y serpientes pitón, conmocionada de terremotos y revoluciones. De alguna manera, hay unos escritores, una élite que se aparta de esto. Borges, Cortázar y Onetti pueden formar un trío de intelectuales que no leen en el libro de la selva americana, sino en los libros ilustres llegados de Europa. Quizá ese cultismo, culturalismo

BOLETÍN AEPE Nº 5. Francisco UMBRAL. Juan Carlos Onetti
Centro Virtual Cervantes

y culteranismo de Borges y Cortázar no sea sino la reacción, el afán de independencia, el querer ser diferentes de la naturaleza y del hombre en torno, el despegarse de una realidad natural que abruma. En lugar de echarse en los brazos de la naturaleza, estos escritores —y otros que en ellos se representan—, se echan en brazos de la cultura, cambian de madre, y no podemos decir que hagan mal o hagan bien, pues lo que cuenta son los resultados, y los resultados han sido tan buenos en los citados como malos en otros que no citamos. Pero he aquí que, dentro de esa élite, Juan Carlos Onetti sigue siendo una singularidad. Juan Carlos Onetti rehúye el optimismo y el dramatismo de la tierra americana, no para redimirse por la cultura, sino más bién para no redimirse, para inventar un sentimiento que no existía en América y que tampoco llevaron allá las carabelas: la melancolía.

Onetti ejerce una suerte de dandismo sentimental, maneja un spleen difuso que se personaliza en su personaje favorito, el doctor Díaz Grey, médico escéptico y enfermo, sabio y literario. La literatura americana ha sido en muchos autores la suma del barroquismo natural de América y el barroquismo literario que llevaron allá los españoles. Quienes han querido librarse de esa pesadilla barroca han tenido que recurrir a la cultura europea, dando un salto por encima de la geografía de América y la cultura de España. Onetti es profundamente europeo, digamos, no porque se haya saturado de libros europeos, como otros, sino porque alumbra en América un sentimiento típicamente europeo: la melancolía, el desencanto, el escepticismo, la desesperación sin ruido. Más que un sentimiento, un complejo de sentimientos que todavía no tiene nombre. La melancolía es el sentimiento del tiempo. La melancolía no está en Asia ni en América. Asia está fuera del tiempo y América acaba de inaugurarlo. El sentimiento del tiempo es característicamente europeo. Se encuentra en los ensayos de Montaigne y apunta en América, siglos más tarde, en ese entrecruce italiano y francés que es el tango. La prosa y la música de las novelas de Onetti tienen mucho de tango metafísico estirado durante doscientas o trescientas páginas.

Ya hemos dicho cómo se señala a Faulkner entre las máximas influencias de Onetti. Efectivamente, Onetti tiene de Faulkner el gusto por la construcción convergente, los diversos enfoques de la realidad, el salto de unas subjetividades a otras, el tempo lento y el lenguaje lírico. Dice Sartre en un estudio sobre Faulkner que al norteamericano no le interesa tanto la acción como la preparación o el recuerdo de la acción. Que los hechos importantes, en Faulkner, son largamente preparados, largamente esperados, ocurren en un momento y, luego, son largamente evocados. Esto, exactamente, da el lirismo en Faulkner. Y lo

BOLETÍN AEPE Nº 5. Francisco UMBRAL. Juan Carlos Onetti
Centro Virtual Cervantes

da en Onetti, pero diríamos que el uruguayo va un punto más lejos: prepara y evoca largamente los hechos, pero no hay hechos. Quiero decir que muchas veces no llegan a producirse o nos son escamoteados. Ahora bien, lo que diferencia sustancialmente a Onetti de su maestro es, otra vez, la melancolía.

En Faulkner no hay exactamente melancolía porque ya está dicho que esto es un sentimiento europeo. En Faulkner hay una suerte de objetividad flotando sobre las distintas subjetividades. El autor no esta presente en sus novelas a la manera tradicional, como lo están Balzac o Dickens en las suyas. Faulkner tampoco hace autobiografía lírica en primera persona, que es una manera de librarse de la farsa del objetivismo, Faulkner va haciendo avanzar la novela a saltos, desde las sucesivas trincheras de las sucesivas subjetividades. Este procedimiento suyo ha sido adoptado en masa por la novela moderna, en todo el mundo, como el más honesto y coherente, desde el momento en que el novelista ha renunciado a ser Dios para sus personajes, como lo eran los novelistas del XIX para los suyos. Este procedimiento lo adopta Juan Carlos Onetti. Pero no deja de ser un procedimiento y también tiene sus renuncias. Así, el autor que se hace impersonal en la técnica, se personaliza y descubre en el estilo. El estilo de Faulkner lo delata. El estilo de Onetti, también.

Y más que el estilo, en el caso de Onetti, esa cosa ultragramatical que es el tono, la música, el perfume, el ritmo. Todo eso que en su caso es reductible a una palabra, aunque ésta sea irreductible a su vez: la melancolía. Faulkner es quizá más perfecto, más olímpico, porque en él no hay melancolía de autor. Onetti es más entrañable, más nuestro, más latino —no en vano lleva un apellido italiano—, porque su melancolía personal inficciona a todos los personajes, a las cosas, a los días y las páginas mismas del libro.

Juan Carlos Onetti, escritor uruguayo, implanta la melancolía en la novela americana, hace de la melancolía el tema mismo de sus libros sin tema, y esta me parece su aportación más personal y valiosa a la literatura de América. Porque hemos hablado de su europeísmo y del europeísmo de la melancolía, pero ocurre que Onetti inventa la melancolía de América, que su melancolía es ya americana, con lo que ha enriquecido y cultivado la sensibilidad de todo un continente. La sensibilidad. Quizá hemos dicho la palabra clave.

La nostalgia es, digamos, la experiencia sentimental del espacio. La melancolía es la experiencia sentimental del tiempo. Ambos sentimientos afloran en una zona del ser que no está regida por el corazón ni por la cabeza. Es la sensi-

BOLETÍN AEPE Nº 5. Francisco UMBRAL. Juan Carlos Onetti
Centro Virtual Cervantes

bilidad. La sensibilidad no es cosa española ni, quizá, cosa americana. La gente de España necesita ser tocada, en arte, en literatura, por grandes pasiones o por grandes ideas. Por ideas henchidas de pasión. Unamuno es el pensador más español por cuanto supo proclamarse "sentidor". El español es sentidor de las grandes ideas. Para llegar a este pueblo hay que darle lo colosal en el sentimiento o el pensamiento. Lo que no se dirige con gran aparato al corazon ni a la cabeza, sino a la sensibilidad, es difícil que lo detecte el radar nacional. Nuestro gran estilo barroco es todo él un exceso. Este pueblo necesita el exceso para enterarse. Quizá, por falta de educación de la sensibilidad. Quizá, por exceso de pasión.

La sensibilidad, sí, es cosa europea, especialmente francesa. Quevedo, Goya, Unamuno, Valle–Inclán, suponen geniales encarnaciones del energumenismo nacional. Aquí, al cultivador de la sensibilidad se le llama, no sin razón, afrancesado. Azorín tiene que ver con Anatole France. El afrancesamiento es para nosotros algo así como un afeminamiento intelectual. Los autores que se han dirigido casi exclusivamente a la sensibilidad, como Marcel Proust, son muy poco conocidos y gustados en España. Al profesional de la sensibilidad, si es español, se le define, ya está dicho, como afrancesado. Puede que esta vocación por lo descomunal no sea rudeza de raza, ya que en nuestras personalidades más finas también se da, a veces. No es, pues, una torpeza del pueblo.

La sensibilidad tampoco parece que sea cosa muy americana. Nosotros no la teníamos, de modo que mal pudimos llevarla allá. Si había sensibilidad en América, se agostó. América ha sido continente de grandes pasiones y de grandes ideas. Los libertadores y Diego Ribera. El gran muralismo en la política y en el arte. América es vista muy frecuentemente, por los ojos americanos, como un gran mural de pueblos. América es la epopeya por su propio gigantismo. Rómulo Gallegos, Pablo Neruda, Rubén Darío, manejan lo ingente, manipulan con las grandes cantidades de espacio, de tiempo, de raza, cantan lo ínclito y lo ubérrimo en grandes cantos generales. Incluso las poetisas de América tienen en sí el viento de lo grandioso o de lo genital, aunque en España creamos que la sensibilidad es de alguna forma un afeminamiento. A una Juana se le llama Juana de América. El descomunalismo americano tiene su contrapunto natural en el primor de alguna artesanía del pueblo. Pero nada más, quizá.

Por eso la originalidad de Juan Carlos Onetti. En Onetti, no sólo el bordado de la observación menuda, que eso puede darlo también el puntillismo colonial de América, sino la fundamentación misma de toda su obra en la sensibilidad. Onetti no maneja grandes hechos, y cuando algún hecho grande sobreviene

BOLETÍN AEPE Nº 5. Francisco UMBRAL. Juan Carlos Onetti
Centro Virtual Cervantes

en sus novelas, lo reduce a minucia. A la Gertrudis de "La vida breve" le amputan un pecho, pero en esta amputación no hay gran tragedia, sino mínimos alfileres de dolor físico y moral. Veamos lo que quizá es el modelo de narración corta en Onetti: "Para una tumba sin nombre". En este relato se habla de una mujer y un chivo. La mujer ejerce la prostitución y la mendicidad, acompañada de un chivo, en una estación bonaerense. Ha sido ya muerta y enterrada y asistimos a la cuenta atrás, proceso muy faulkneriano, para saber de ella. Los otros personajes la van recordando, definiendo, inventando, incluso.

Al final de "Para una tumba sin nombre", Onetti, con habilidad de autor policíaco, ha borrado sus propias huellas y del relato no queda nada. Nunca sabremos ni siquiera si existió esa mujer, si existió ese chivo. Un relato así nace de la sensibilidad y muere en la sensibilidad. La historia dramática de esa mujer no puede dolernos porque el autor ha anulado sus propios efectos dramáticos poniéndolo todo en entredicho. ¿Qué es lo que queda, entonces? . El lirismo de una aparición irreal. El juego sensible de edificar con humo y soplar luego con escepticismo.

Dentro de la literatura actual latinoamericana, Onetti es el gran profesional de la sensibilidad. Su sensibilidad aporta un matiz nuevo al espíritu de América, educa ese espíritu y lo afina. La sensibilidad, que es un culto de lo sutil, suele comportar, naturalmente, una especie de escepticismo por lo grande, por las grandes causas y los grandes valores. Esto está en Onetti. Su personaje favorito, el doctor Díaz Grey, es un hombre que se ha consagrado a vivir lo pequeño, que ha renunciado voluntariamente a las grandes magnitudes. No se crea, empero, que este culto onettiano de la sensibilidad supone una especie de domesticismo literario, a la manera que se da algunas veces en nuestro Azorín. No se trata de un espíritu pequeño incapaz de comprender lo mayúsculo, refugiado provincianamente entre cuatro cachivaches sentimentales. No. Onetti ha dicho, y hemos recordado, que quiere contar la aventura del hombre. Es nada menos que la aventura del hombre el asunto de su obra. Pero la aventura del hombre, para Onetti, más que intelectual o pasional, es una aventura sentimental, un fracaso vivido con la sensibilidad.

Diríamos que Onetti no cree en las cosas, sino en la fenomenología de las cosas. Diríamos que las cosas se desatan y desaparecen en su propia fenomenología. Agotada ésta, ya no hay cosa. Como la mariposa gongorina, "en cenizas desatada", todos los grandes aconteceres del alma se le desatan a Onetti en cenizas de escepticismo y melancolía. Efectivamente, lo que le queda al hombre en

BOLETÍN AEPE Nº 5. Francisco UMBRAL. Juan Carlos Onetti
Centro Virtual Cervantes

las puntas de los dedos, después de sus grandes peripecias políticas, humanas o eróticas, es un polvillo de fracaso, una ceniza de frustración, como desprendida de las alas de la mariposa.

Agnosticismo, nihilismo, escepticismo, lo que ustedes quieran. Una suerte de existencialismo que reduce las categorías a su epifenómeno y éste a nada. Tampoco este escepticismo estaba en América. América no es escéptica, sino apasionada o desesperada. Onetti es, así, el más europeo de sus escritores, sin que esto suponga un juicio de valor, naturalmente, sino una distinción respecto del europeísmo académico y voluntarista de otros escritores americanos.

La primera serie de novelas de Onetti culmina, ya está dicho, en "La vida breve", libro que nos recuerda mucho a Cortázar. El ingenio como desganado de sus personajes, la lucidez un poco pedante con que se manifiestan, es algo, digamos, muy argentino, muy de cierta novela argentina. "La vida breve", el empeño novelístico más ambicioso de Onetti hasta el momento de ser escrita, es novela frustrada como conjunto, aun cuando cualquiera de sus páginas sea magistral. En ella, el autor está todavía demasiado omnipresente con su ingenio, con su inteligencia, con su voluntad de atar una buena novela, con su empeño en sorprender, desconcertar y jugar al contrapunto. Onetti juega bien, pero deja ver sus cartas continuamente.

Cosa no muy diferente ocurre, a mi juicio, en la "Rayuela" de Cortázar. Se trata de novelas demasiado voluntaristas donde se ve transparentada la mano del escritor. La excesiva preocupación por los efectos, anula éstos. Nada de lo que ocurre novelísticamente en esas novelas interesa de verdad. Sólo interesa el ingenio de un escritor combinando efectos y luciendo su prosa. Es el espectáculo de la creación en sí mismo lo que nos lleva. Espectáculo que puede ser interesante para otro profesional, pero que poco le dice al lector ingenuo. Dentro del más taimado de los profesionales subsiste, empero, un lector ingenuo que quiere leer una novela tal y como está escrita, sin adivinar nada entre líneas, y por eso "Rayuela" o "La vida breve" pueden resultar decepcionantes también para el más taimado de los profesionales.

No es lo malo de estos libros el que en ellos no pase nada —que sí pasa—, porque tampoco pasa nada en Proust, y estorbaría mucho que pasase, sino la falta de convicción con que ocurren las cosas, lo poco que creen en ellas sus autores. No voy a entrar aquí en la enojosa cuestión de si hay interinfluencias entre "Rayuela" y "La vida breve". No lo he estudiado ni me importa. Creo que

BOLETÍN AEPE Nº 5. Francisco UMBRAL. Juan Carlos Onetti
Centro Virtual Cervantes

ambos libros responden a una manera bonaerense de hacer, entre intelectual y frívola, que se da a veces en algunos. Cortázar se liberó de esa manera en "Los premios" (que me parece es anterior a "Rayuela") y Onetti se libera en sus libros posteriores, como "El astillero" o "Juntacadáveres". El viejo escritor español Corpus Barga, que tanto ha vivido entre los escritores americanos, me decía que es frecuente allá encontrar en un libro todos los elementos de una novela, pero no la novela hecha, y me ponía el ejemplo de "El mundo es ancho y ajeno". También me decía que los más jóvenes han logrado, al fin, superar eso, como Vargas Llosa, Fuentes, García Márquez y otros lo superan. Pues bien, "La vida breve" lo tiene todo para ser una novela, pero, en lugar de dedicarse a integrar, Onetti se ha dedicado a desintegrar. Ha hecho una antinovela, como Cortázar.

"El astillero" y "Juntacadáveres" son, a mi entender, las dos grandes novelas de Onetti. En "El astillero" encontramos dos personajes recurrentes de toda la obra del uruguayo: el doctor Díaz Grey y el aventurero Larsen, también conocido por Juntacadáveres. Asimismo, hay en "El astillero" tipos que, con variantes de nombre y circunstancia, son también recurrentes en este novelista. Por ejemplo, Angélica Inés, la loca. Una mujer hermosa y loca había en "Para una tumba sin nombre" y habrá en "Juntacadáveres". El adolescente poético y disconforme, del que se burla tiernamente el escepticismo de Díaz Grey, aparece aquí y allá en todas las novelas de Onetti, o en algunas de ellas. Está en "Para una tumba sin nombre" y está en "Juntacadáveres". Este adolescente, en "Juntacadáveres", habla a veces en primera persona, como también a veces Díaz Grey. Para mí está claro que se trata del propio Onetti desdoblado en dos seres que corresponden a su adolescencia lírica y su madurez escéptica.

La criada loca y errante de "Para una tumba sin nombre" tiene su repetición en la loca de "Juntacadáveres", que allí es una señorita, en tanto que esta misma criada, como tal criada, mucho más real, aparece también en "Juntacadáveres". Unos rasgos tópicos forjados por Onetti pasan así de unos personajes a otros. El adolescente y Díaz Grey apenas tienen variaciones. La criada treintona y fácil de "El astillero" prenuncia la criada de "Juntacadáveres", que se acuesta con un señorito, y que en "Para una tumba sin nombre", como hemos visto, era la loca solitaria que de alguna manera anuncia a las locas de "El astillero" y "Juntacadáveres". En el mundo del pueblecito de Santa María —la provincia argentina cuidadosamente retratada— van y vienen siempre los mismos personajes, con los mismos o cambiados nombres. En "La vida breve", novela bonaerense, hay escapadas imaginativas a Santa María. Santa María es el micro-

Centro Virtual Cervantes

cosmos que ha elegido Onetti para darnos toda la soledad y la poesía de la provincia argentina.

Podríamos aislar, pues, unos tipos recurrentes en toda la obra de Onetti. El maduro escéptico, el adolescente agrio y poeta, la mujer hermosa y loca, el aventurero cansado y algún otro. También hay episodios recurrentes, como la implantación de un prostíbulo en un pueblecito de bien. Sin duda, se trata de tipos y situaciones que Onetti ha vivido u observado durante años —quizá los de su juventud— en la provincia argentina o uruguaya. A sus ambientes bonaerenses les falta la entrañabilidad de lo que ocurre en Santa María. Faulkner también tiene escenarios repetidos con los que se encariña y nos encariña. Pero aquí no cuenta ya la influencia de Faulkner sobre Onetti. El Madrid de Galdós, el Dublín de Joyce, el Macondo de García Márquez, son unos entre tantos ejemplos de ilustre localismo novelístico. Localismo que no es tal en los grandes autores, puesto que el localismo no es un hecho geográfico, sino literario. La universalidad no la da la geografía, sino la dimensión y la actitud del que escribe. Otros, con más viajes, son más localistas. Ni Faulkner, ni Onetti, ni García Márquez necesitan moverse mucho para salvar el peligro de localismo.

Hay que pensar que no sólo acota Onetti el pueblecito de Santa María como área novelística por razones sentimentales o biográficas. Se trata de reducir mucho el campo de visión para que la visión sea más intensa. Se trata de trabajar con el microscopio. Muchos escritores lo han hecho así. El escenario reducido y reiterado se hace más entrañable para el lector, es de mejores efectos estéticos y, sobre todo, aporta la ventaja de la concentración y, por tanto, la profundización o, al menos, la matización minuciosa.

Santa María es a Onetti lo que Macondo a García Márquez. Lo que Vallejos a Manuel Puig. Bien entendido, ya está dicho, que no se trata de hacer costumbrismo. Nada más lejos del costumbrismo que la Santa María de "El astillero". El pueblo tiene en esta novela una dimensión mágica. "El astillero" es la novela más desoladora y poemática de Juan Carlos Onetti. Es su novela-poema. Eso que él buscaba y sólo aquí consigue plenamente. En un escritor tan cercano a la lírica, hay que señalar este logro sincrético entre poesía y novela que es "El astillero". Una gran depuración de elementos, y todos líricos en primer grado. Hacer con esto una novela—novela no era fácil. Onetti lo consigue por primera vez. Anteriormente los libros se le habían vencido por la lírica, el lenguaje, el experimentalismo, etc.. "El astillero" es una pieza maestra, completa y simple.

BOLETÍN AEPE Nº 5. Francisco UMBRAL. Juan Carlos Onetti
Centro Virtual Cervantes

Los críticos han dicho que Onetti, en "El astillero", consigue liberarse de su retórica y su barroquismo, consigue simplificar, y por eso logra su mejor libro. En primer lugar, uno no cree que la retórica y el barroquismo sean términos peyorativos. Luego, ocurre que tampoco están bien aplicados a Onetti. Onetti no es retórico ni barroco, sino minucioso, matizador, moroso, lírico, puntillista a veces. Finalmente, Onetti no ha prescindido de nada de eso en "El astillero". Es el mismo de siempre, pero ha acertado con un tema y una estructura mejores. No ha cedido ni una palabra, no ha rectificado, no se ha arrepentido de nada. Sencillamente, ha madurado hasta dar con lo que buscaba. Es un escritor eminentemente experimental que sólo en "El astillero" y "Juntacadáveres" (su última obra hasta ahora) llega a fórmulas definitivas, consolidadoras, no porque se haya cansado de experimentar, sino porque ya no lo necesita; porque ha encontrado lo que buscaba.

"El astillero". Un viejo astillero abandonado, entre el río y el pueblo. Barcos desguazados, maquinaria fantasma, herrumbre y soledad. En este escenario de ruina y memoria, dos empleados fantasmales, un dueño loco y en quiebra, una mujer loca y lírica, otra triste y realísima, una criada y Larsen, el aventurero fatigado e infatigable, contagiado de aquella locura de clan, entregado a un imposible por ver si la desgracia, al enterarse de que es inútil, "se seca y cae", en palabras del propio Onetti.

Con estos elementos simples y escasos, Onetti compone una de las novelas más originales, bellas y desoladoras de toda la literatura de América. Un poema en prosa. Su mensaje, quizá, es que no hay mensaje. Después vendría "Juntacadáveres". Si "El astillero" es como un solo de violín en los muelles mojados, "Juntacadáveres" es ya la gran orquestación. Aquí esta todo el pueblo tomado en peso, con su médico y su cura, sus meretrices y su periódico, su loca y sus muchachas piadosas, su adolescente poeta y sus señoritos fanáticos, sus familias honorables y su aventurero de paso. Tema, escenario, desarrollo, personajes y prosa son perfectos hasta el asombro. "Juntacadáveres" es la obra maestra, la novela redonda. El máximo logro de Onetti. Pero tampoco da sensación de rotundidez, que Onetti no quiere dar nunca, sino de levedad, de historia de humo, de sueño y desencanto. La vida es increiblemente fungible, y esto es todo lo que el autor nos dice.

El doctor Díaz Grey y el aventurero Larsen constituyen, sin duda, dos polos humanos que Onetti reitera y que quizá le obsesionan. Son sus dos máximos logros novelísticos. No diremos el mal y el bien, porque esto sería dema-

BOLETÍN AEPE Nº 5. Francisco UMBRAL. Juan Carlos Onetti
Centro Virtual Cervantes

siado simple, además de inexacto. Mejor, el mal pasivo y el mal actuante. O el bien pasivo y el bien denodado en mal. Como se quiera. Un médico de pueblo, dandy y escéptico. Un aventurero inquieto, triste y desengañado. Díaz Grey ha visto que el mal no es cosa distinta del bien. Ni el uno ni el otro le fascinan ya. Es un intelectual. Larsen es un vital y vive fascinado por el mal, por las mujeres que explota y la lucha sin razón que lleva adelante. Se niega el escepticismo, la paz, porque carece de entidad intelectual, quizá, para asimilar estos conceptos. Necesita la acción.

En Larsen nos da Onetti eso que él mismo ha llamado "la aventura del hombre". Larsen lucha contra la desgracia "a ver si la desgracia se entera de que es inútil, y entonces se seca y cae". Esta es toda la aventura humana. Querer plantarle cara a lo inevitable.

Contemplando el paso afanado de Larsen por el mundo, Díaz Grey, desde su consultorio de pueblo, desde sus discos y su whisky, sonríe, comprende, ayuda. Sabe que nada sirve de nada y goza con la mera contemplación del espectáculo humano. Asiste a la vida como a una novela que se escribe a sí misma, torpemente. Esta es, naturalmente, la actitud del propio Onetti, la recámara intelectual que él se reserva respecto de sus personajes. Pero su talento le ha salvado de hacer de esta actitud algo confortable y definitivo. Díaz Grey no es feliz, se aburre, sufre la sensación de sus renuncias, vive de alguna forma, imaginativamente, la lucha de Larsen y de los otros. Su aislamiento no deja de ser, a veces, una limitación, una incapacidad, una impotencia. Quizá el reúma de su rodilla.

Y esta es la palabra final y magistral de Onetti. Porque, generalmente, cuando un autor acuña un escéptico, es para refugiarse en él como en un confort conseguido. O para darle la réplica maniquea del estusiasmo juvenil. En Onetti, ni lo uno ni lo otro. La actividad es siempre precaria, pero el escepticismo también es precario. El exceso de fe puede matar, pero la falta de fe puede ser la muerte misma. Si el escéptico no quiere morir por nada, quizá sea que está previamente muerto. Tampoco se encuentra ahí, pues, la solución. Del escepticismo a la esperanza, de la paz a la lucha, de Larsen a Díaz Grey salta alternativamente la dinámica de la vida y de las novelas de Onetti.

Por esta dinámica del encanto—desencanto, Juan Carlos Onetti es un autor vivo y en movimiento. Por ella, sus libros se mueven como organismos o máquinas inteligentes e inútiles, bien lubricados de soledad y de belleza.

BOLETÍN AEPE Nº 5. Francisco UMBRAL. Juan Carlos Onetti
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes

A. E. P. E.

NUEVOS ASOCIADOS

Y

NUEVAS DIRECCIONES

(MARZO – OCTUBRE, 1971)

Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes